CARTAS EXTRANJERAS

LA NUEVA EUROPA

POR

Salvador de Madariaga

Las corrientes de opinión que han de preparar la paz de mañana empiezan a tomar cuerpo en Inglaterra. No puede todavía hablarse de partidos, pero sí de agrupaciones que son como los primeros tentáculos que la opinión pública inglesa lanza sobre la realidad europea. Como es lógico en un organismo político tan robusto como el inglés, no existe unanimidad de pareceres en cuanto a lo que debe ser la Europa de mañana. Es propósito de este artículo resumir y agrupar algunas de las principales ideas que dominan este asunto, tal y como se presentan en la conciencia pública inglesa.

En líneas generales y esquematizando mucho la compleja realidad en beneficio de la exposición, pueden reducirse las opiniones a dos tendencias extremas: la antialemana y la antiaustriaca. La tendencia antialemana se inspira en las siguientes reflexiones: El enemigo por excelencia es Alemania. Inglaterra, por consiguiente, debe proponerse como tarea primordial el quebrantamiento de Alemania. De aquí la necesidad de conservar a Austria-Hungría como un poder teutónico fuerte que sirva de derivativo de la savia germánica, y dividida entre dos naciones lo que en una sola constituiría un poderoso imperio. Por otra parte, la cuestión balkánica no tiene más solución que la reunión bajo la autoridad de un estado común —el austriaco— de todas las nacionalidades que se entremezclan sin fundirse en la Península. La subsistencia del Imperio austriaco es, pues, una necesidad geográfica europea. La doble monarquía es el *cajón de sastre* que no falta nunca en las casas bien organizadas ni en las ciencias bien clasificadas. Añádase a esto que Inglaterra tiene interés en fomentar la amistad de los magiares, raza cuyos sentimientos anglófilos son conocidos, y que por otra parte es buena política británica sostener en Constantinopla una soberanía débil.

Frente a esta escuela, toma posiciones la tendencia antiaustriaca, que se apoya en el principio de nacionalidad. Según esta tendencia, Inglaterra tiene el compromiso de honor de presentarse ante la Conferencia de la paz como el país campeón de este principio. La razón es doble. En primer lugar, Inglaterra se lanzó a la guerra invocándolo, y por tanto, debe sostenerlo hasta el fin. La segunda es que el principio de nacionalidad es la única base sólida que cabe dar a la futura paz permanente. Esta posición implica como corolario obligado la destrucción de los estados artificiales que quedan hoy en Europa: la Doble Monarquía y el Imperio Otomano.

Entiéndase bien que esta escuela no siente hostilidad alguna contra los pueblos que gobiernan Carlos I y el Gran Turco. Muy por el contrario, se propone desatar las ligaduras artificiales que les impiden desarrollarse con arreglo a su ley natural. Con esta observación, queda rebatido uno de los argumentos que suele oponérsele por la escuela rival; es a saber el relativo a la anglofilia magiar. Es evidente que si los magiares son anglófilos dentro de la Doble Monarquía, lo mismo podrán serlo como estado independiente.

El programa que preconiza esta tendencia es bien sencillo. Los rumanos, a Rumania; los servios, a Servia; los bohemios, a Bohemia; los polacos, a Polonia; los italianos, a Italia; y los alemanes, a Alemania. Así queda resuelto el sistema artificial austrohúngaro en sus elementos naturales. La ventaja primordial de esta solución es que desautoriza para el porvenir toda ambición territorial a la Matternich o a la Treitchske, haciendo desaparecer las anomalías que les daban razón de ser. Cuando naciones y estados coinciden no puede haber Sarajevos ni notas pretexto para expansión territorial.

Pero además, esta escuela pretende dar al mismo tiempo que la solución más idealista, la solución más positiva y práctica desde un punto de vista inglés:

1.° En cuanto al Danubio. Inglaterra no tiene más interés que la libertad del Danubio. Lo que conviene, pues, a su política es una garantía de que el gran río de la Europa centro-oriental no se convierta en una vía de guerra y siga siendo lo que es ahora, una arteria comercial. La defensa contra las ambiciones alemanas en este sentido quedaría encomendada a dos naciones jóvenes que ocuparían sendas orillas del Danubio. No se olvide que, de llevarse a cabo este programa, Rumania y Servia se convertirían en naciones de catorce millones de habitantes cada una.

2.° En cuanto al peligro alemán en el porvenir. Los partidarios de la solución austriaca objetan que la solución alemana haría salir a Alemania de la guerra más poderosa que entró, pues aun suponiendo que perdiese Alsacia-Lorena y Polonia, la adquisición de Austria compensaría con creces estas pérdidas. La refutación de sus contrarios es la siguiente:

a) Que no hay razón para exceptuar a los alemanes del principio de nacionalidad.

b) Que el enemigo de Inglaterra y de Europa no es el pueblo alemán, sino el junkerismo prusiano, y por tanto, Inglaterra no tiene por qué oponerse al engrandecimlento del pueblo alemán en sí.

c) Que lejos de reforzar a Alemania como poder agresivo, la anexión de Austria debilitaría notablemente en el Imperio la influencia del Norte, junker y cerril, en beneficio del Sur, cortés y civilizado.

d) Que la frontera oriental del Imperio germánico sería muy difícil de defender a causa de la península eslava que formaría el Reino de Bohemia independiente.

e) Que la agresividad magiar y la agresividad prusiana perderían en el lazo de unión austriaco que ha permitido su colaboracion en esta guerra.

3.° En cuanto a Constantinopla, Inglaterra no tiene inconveniente en dejar el Bósforo en manos de Rusia con quien la unen tratados de expansión en Asia, mientras que bajo el dominio nominal de los turcos los Dardanelos se habían convertido en una especie de Canal de Kiel.

4.° Por fin, en cuanto a las dificultades que sin duda existen para definir con exactitud el mapa etnográfico de la Península Balkánica, la escuela antiaustriaca observa que si bien la distribución del territorio balkánico entre las naciones que lo pueblan no puede hacerse sin dejar subsistir anomalías de detalle —que por otra parte pueden equilibrarse hasta cierto punto—, es evidente que lo menos que puede decirse de esta solución es que es menos ilógica que la solución actual, que consiste en someter toda suerte de pueblos y de razas a un Estado medioeval y tiránico, sin nacionalidad alguna.

De las dos tendencias aquí reseñadas, la segunda es mucho más importante que la primera, por la calidad y la cantidad de sus adeptos.

Recientemente ha inaugurado un órgano de expresión pública de sus ideas la revista semanal *New Europe*, que ha fundado y dirige Mr. Seton Watson, conocido publicista serbófilo. Cuenta además en su apoyo la circunstancia de hallarse indudablemente orientada en el sentido actual de la corriente histórica, y de tener tras de sí la rica ideología del abolengo político inglés que ha dado vida a tantas y tan pujantes naciones jóvenes de raza anglosajona. Se halla sostenida por la opinión enterada de Francia. Y según todos los indicios, inspirará las palabras y los actos de los representantes de la Gran Bretataña en la Conferencia de la Paz, que Dios convoque pronto e inspire con su sabiduría.